

# International Journal of Human Sciences Research

## ***PORQUE ESCRIBÍ ESTOY VIVO: LA ESCRITURA LITERARIA DE LOS AUTORES CHILENO- CROATAS COMO UNA ESCAPATORIA ANTE EL DESARRAIGO Y LA SOLEDAD***

---

*Marta Tomić*

Candidata a doctora en Literatura de la  
Pontificia Universidad Católica de Chile.  
Financiamiento: Proyecto doctoral ANID  
(Doctorado Nacional Becas Chile)  
<https://orcid.org/0000-0003-2822-0788>

All content in this magazine is  
licensed under a Creative Com-  
mons Attribution License. Attri-  
bution-Non-Commercial-Non-  
Derivatives 4.0 International (CC  
BY-NC-ND 4.0).



*El pastor sube a la montaña con sus cabras,  
El poeta Nazor sube a la  
torre a pastar palabras.  
Los veleros surcan la bahía lentos,  
Las arrugas surcan el rostro del abuelo.  
El tío asa los peces frescos en las brasas.  
Mi exilio en Croacia.*  
ANTONIO SKÁRMETA, *Bobovišće*

Uno de los rasgos principales del pueblo croata, especialmente de los habitantes de Dalmacia –región que se encuentra en el sur del país, a las orillas del Mar Adriático– ha sido desde siempre la partida y el viaje, y con mucha menos frecuencia el retorno a las tierras natales de estas regiones “del confín del Canal y del confín del océano”, como las describió el poeta croata Vladimir Nazor (1876-1949) en su ensayo *Isla sin pan*. Claramente, en el texto, Nazor se refería a la época entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando un importante número de jóvenes hombres y mujeres croatas emprendieron su viaje hacia las remotas y desconocidas latitudes sudamericanas. Casi todos oriundos de la costa, en especial de las islas centrales de Dalmacia y en forma particular de la isla de Brač, en sus inicios de la vida de los *otros* –los inmigrantes– se enfrentaban con los enormes espacios del continente americano, donde tras haber, según cuenta Nicolás Mihovilovic, “traspasado la puerta encantada, cruzando fosas donde bullen víboras venenosas, atravesando precipicios incruzables”<sup>1</sup> (*Desde lejos para siempre*, 1968), con sus propias fuerzas físicas e intelectuales, lograron alcanzar su sueño de una vida mejor.

A pesar de su “loca geografía” (1940), como diría el ensayista chileno Benjamín Subercaseaux, Chile resultó ser atractivo

para los inmigrantes croatas. Si bien lograron encontrar en el carácter insular y solitario de la tierra chilena un paisaje que, aunque mucho más arisco e indómito que su tierra natal, les resultó familiar y propicio para su rápido ascenso en la escala social chilena, la dimensión subjetiva del fenómeno migratorio, encarnada en las emociones y afectos provocados por la lejanía del terruño, revelaba una constante: en estos “hombres de grandes virtudes morales y espirituales que supieron adaptarse al medio, sin entregarse”<sup>2</sup>, como señala el literato y académico chileno-croata Roque Esteban Scarpa (1914-1995), latía un profundo sentimiento de marginalidad, orfandad y de desarraigo.

Al estudiar la presencia secular de los inmigrantes croatas y de sus descendientes en la literatura chilena, los críticos y teóricos literarios croatas suelen hablar de un verdadero fenómeno. Creo que es realmente necesario y relevante, aquí, hacerse la pregunta: ¿Cómo se explica que, primero, los inmigrantes croatas desde su llegada a las nuevas regiones, y después sus ascendientes, se volcaron en tan gran número a la palabra escrita, imprimiendo libros, diarios, revistas?

Una de las formas de considerar la literatura es razonarla como un discurso estético catalizador de las condiciones de su contexto, de la subjetividad individual y colectiva, de los saberes e imaginarios sociales y de su circulación, logrando escribir aquello que se supone indecible. Roland Barthes afirmaba que “la literatura no dice que sepa algo, sino que sabe de algo, o mejor aún: que ella sabe algo, que le sabe mucho sobre los hombres. Lo que conoce de los hombres es lo que se podría llamar la gran argamasa del lenguaje”<sup>3</sup>. Parafraseando las palabras del

1 Nicolás Mihovilovic: *Desde lejos para siempre*, Editorial La Noria, Santiago, 1985, p. 45.

2 En Jerko Ljubetić (editor): *Croacia/Chile. Relaciones históricas y culturales* (edición bilingüe), Društvo hrvatskih književnika, Zagreb, 2000, p. 564.

3 Roland Barthes: *Lección inaugural* de la cátedra de Semiología literaria del Collège de France, pronunciada el 7 de enero de 1977. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 125.

pensador francés, se puede concluir que la literatura sabe algo importante que construye al hombre: la *lengua*. De hecho, es en la lengua donde resulta posible leer las desviaciones al orden social dominante, las ideologías, los desplazamientos y entrecruzamientos de las culturas. Particularmente, es el lenguaje literario el medio que sigue conservando el privilegio de imaginar y elaborar un lenguaje límite, vale decir aquel lenguaje en el que se plasman las experiencias más traumáticas y más delicadas del ser humano. La migración que necesariamente conduce al exilio, sin duda, constituye una experiencia traumática, pues el inmigrante, arrancado de sus raíces, de su tierra y de su pasado, se enfrenta con un corte abrupto. Con el desplazamiento surge la nostalgia que no se refiere solamente al dolor provocado por la ausencia o la privación del terruño, sino también a su poder restaurativo y reflexivo, que permite soñar o jugar a soñar con recuperar un imaginario íntegro de imágenes, seres y vivencias, que se creían perdidos o inalcanzables.

La producción literaria de los escritores chileno-croatas, de la que para esta ocasión rescato los nombres de Antonio Skármeta (Antofagasta, 1940), Juan Mihovilovich (Punta Arenas, 1951), Nicolás Mihovilovic (Punta Arenas, 1916-1986), Domingo Mihovilovic Tessier (Punta Arenas, 1918-2014) y Ramón Díaz Eterovic (Punta Arenas, 1956), está marcada por una poética de tránsito que, a través de un acto de memoria cargado de melancolía, reconstruye las personas, los idiolectos<sup>4</sup> y los espacios –ciudades, hogares, calles, edificios– llenos de simbolismo croata. Así, Antonio Skármeta sitúa la trama de *La*

*boda del poeta* (1999) en Gema, una pequeña, lejana y ficticia isla del Mar Adriático, en la época de la dominación austrohúngara en Croacia, convirtiendo, de esta forma, la novela en una especie de crónica de una comunidad de emigrantes que llegaría a Antofagasta a principios del siglo XX. Asimismo, uno de los personajes del cuento de la colección *El entusiasmo* (1967) –“La Cenicienta en San Francisco”– que, en realidad, encarna la voz del mismo Skármeta, en un pasaje repleto de motivos croatas, con claras evocaciones a la vida de sus abuelos dálmatas en lugares como Split y Brač, exclama que su “madre Magdalena, lo parió sorpresivamente en noviembre del 1940 en Antofagasta, y no en Brač”<sup>5</sup>.

La soledad y el desarraigo son marcas fundamentales de la narrativa del escritor puntarenense Juan Mihovilovich<sup>6</sup>. Su libro de relatos cortos lleva un título revelador: *El ventanal de la desolación* (1989). Los personajes de estos cuentos –niños, adolescentes torturados por sus imágenes de infancia y pubertad, viejos que esperan en alguna estación perdida y remota, locos inocentes y temerosos, o mendigos que se mueren por la calle– son todos seres que se mueven en algún margen, en algún espacio fronterizo. Ambientados en el escenario frío y desolado de Punta Arenas, todos ellos, desde su posición de excluidos, marginalizados e incomprendidos, apuntan constantemente a encontrarse consigo y con los demás, como una muestra de que, a pesar de todo, no perdieron su espíritu vitalista.

El anclaje de la poética literaria de Mihovilovich en la realidad de los “de abajo”

4 Con el idiolecto me refiero a las diferentes maneras del empleo de “čakavski”, uno de los tres dialectos de la lengua croata, mayoritariamente hablado en la costa y las islas croatas, que a lo largo de la historia ha sido influenciado por las lenguas romances, en especial por el dialecto veneciano, dada la dominación secular de la República de Venecia en la costa croata.

5 Antonio Skármeta: *El entusiasmo*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1967, p. 20.

6 Tratando de establecer un vínculo entre sus grandes referentes literarios y el carácter de su tierra natal magallánica, Mihovilovich confiesa: “Dostoievsky me emociona y creo que el mundo magallánico del cual procedo tiene mucho del alma rusa y mucho también del mundo desolado de Juan Rulfo. Quizás de manera inconsciente busco una fusión de esos grandes maestros.” En Jerko Ljubetić, *op. cit.*, p. 558.

se manifiesta también en *El clasificador* (1992), su colección de cuentos cortos que constituyen un retrato de la rutina laboral de los personajes comunes y corrientes, inmersos en los espacios cerrados. Al referirse a la descripción de las habitaciones y las oficinas en las cuales vienen rescatados aspectos menores o subalternos de la vida de los personajes anónimos, Mihovilovich dice: “Ese es un motivo importante en mi escritura; existe en ella una evidente inclinación hacia lo marginado, lo que está detrás de la primera fila... Aquellos sujetos que no deciden, pero que están ocultos en las estadísticas”<sup>7</sup>

La trilogía novelesca del escritor magallánico Nicolás Mihovilovic –*Desde lejos para siempre* (1966), *Entre el cielo y el silencio* (1974), *En el último mar del mundo* (1978)– constituye un reflejo de la vida de las familias croatas trasplantadas del Adriático a las márgenes del Estrecho de Magallanes, así como una oda a la grandeza física y humana del inmigrante croata, y en especial a la figura del padre del autor: “un austriaco grande, rubicundo, de enérgicos mostachos y pisada firme. Ciento veinte kilos con el sombrero puesto”<sup>8</sup>. La visión idealizada del migrante croata y la representación de su mítico periplo transatlántico entendido en su dimensión física y emocional, presentes no sólo en la obra de Nicolás Mihovilovic, sino también en la producción literaria de la mayoría de los escritores chileno-croatas, adquiere características de un verdadero viaje del héroe, tal y como lo plantea el mitólogo Joseph Campbell (*The Hero with a thousand of faces*, 1949). La historia de cualquier héroe, cuya encarnación en este caso es la figura del inmigrante croata, inevitablemente implica una especie de viaje, en el cual el héroe-

migrante abandona su entorno conocido para embarcarse en una empresa que habrá de llevarlo a un mundo extraño y plagado de desafíos, donde, para sobrevivir y alcanzar su armonía personal, será obligado a valerse de todas sus dotes físicas y espirituales.

En la obra teatral *Luka Milic: médico cirujano* (1975), el dramaturgo y actor punatrense Domingo Mihovilovic Tessier, a través de las experiencias vivenciales del zapatero croata Marko y su hijo médico Luka, ambientadas en los espacios opuestos –la casa y el mar– se adentra en el meollo del acto migratorio. Por un lado, hay en los migrantes un fuerte anhelo de reconstruir su vida quebrada, vale decir, de arraigarse en el nuevo entorno. Así, la casa del zapatero Marko en Punta Arenas debería garantizar a sus inquilinos una sensación de seguridad ontológica, pues la esencia de la casa es ser refugio del ser humano, preservando y manteniendo su esencia e identidad personales. Por otro lado, está el motivo del mar, que se vincula con las ganas de progresar y arriesgarse. El único deseo de Marko fue darle una educación humana y profesional sólida a su hijo y así, asegurarle la vida próspera y venturosa a su familia. Para alcanzar esta meta, Marko estuvo obligado a emprender un periplo marítimo y existencial que de Brač lo condujo a Punta Arenas. Si nos remitimos al pensamiento de Charles Baudelaire, quien sostuvo que “la modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable”<sup>9</sup>, el mar, con toda su carga simbólica de lo imprevisible y desconocido, es realmente un símbolo de la modernidad. Por lo tanto, el viaje de Marko, así como el viaje de todos los inmigrantes croatas a Chile, metafóricamente mediado por el mar, da pie

7 En Jerko Ljubetić, *op. cit.*, p. 559.

8 Nicolás Mihovilovic: “Magallánico”. En ¿Quién es quién en las Letras Chilenas? Nicolás Mihovilovic, Agrupación Amigos del Libro, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, p. 11.

9 Charles Baudelaire: “El pintor de la vida moderna” (1860-1983). Versión digital: <http://www.ecfrasis.org/wp-content/uploads/2014/06/Charles-Baudelaire-El-pintor-de-la-vida-moderna.pdf> (Consultado el 8 de julio de 2020)

a destinos humanos que, al estar marcados por el mismo espíritu curioso y el afán de superación personal y profesional, llevan un claro sesgo de modernidad.

Los personajes de las novelas negras de Ramón Díaz Eterovic, entre los cuales destaca el detective privado Heredia que aparece en varias de sus obras, se encuentran anclados en la condición vital de héroes anónimos y marginales<sup>10</sup> y, citando al crítico chileno Carlos Jorquera, “son alcanzados por las esquirlas de la soledad, zaheridos por la nostalgia”<sup>11</sup>.

En 1969 el poeta chileno Enrique Lihn cantaba: “Porque escribí y me muero por mi cuenta/ porque escribí porque escribí estoy vivo”<sup>12</sup>. Los versos de Lihn podrían interpretarse como una especie de *ars poetica* de alguien que se opone a privilegiar la vida sobre la escritura, viendo en el acto de escribir la única forma de mantener una actitud auténtica y dignificadora ante la vida y por lo tanto, viendo en la escritura la única razón para seguir viviendo. La escritura de los autores chileno-croatas que rescaté en esta breve ponencia, así como de muchos otros más, también puede ser considerada como un *ars poetica* de los *otros*, aquellos que tuvieron que vivir con el estigma de ser unos *outsider*, aquellos que solían ser definidos de manera negativa y que precisamente en el acto de escritura hallaron, según dice la filósofa francesa Simone Weil “quizás la necesidad importante e ignorada del alma humana”<sup>13</sup>: el arraigo.

---

10 Al hablar de la novela *Ángeles y solitarios* (1995) de Díaz Eterovic, Juan Mihovilovic describe el personaje del detective Heredia, poniendo en contraposición su condición del héroe y hombre ermitaño: “Heredia está anclado en nuestra propia necesidad vital de héroes que nos slaven de esta soledad... junto al mundo que se desploma. (...) Pero vitalmente es un hombre que necesita amar aunque lo niegue, que teme al temor y lo asume, que no quiere soñar y que sueña y además que evidencia una pasión otoñal por ciertos principios que hoy nos parece antología.” En Jerko Ljubetić, *op. cit.*, p. 553.

11 Jerko Ljubetić, *op. cit.*, p. 368.

12 Enrique Lihn: “Porque escribí”, *La musiquilla de las pobres esferas*, Editorial Universitaria, Santiago, 1969, p. 84.

13 Simone Weil: *Echar raíces*, Editorial Trotta, Madrid, 2014, p. 49.

## REFERENCIAS

1. BARTHES, Roland. *El placer del texto y Lección inaugural* de la cátedra de Semiología literaria del Collège de France, Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.
2. BAUDELAIRE, Charles. “El pintor de la vida moderna” (1860-1983). Versión digital: <http://www.ecfrasis.org/wp-content/uploads/2014/06/Charles-Baudelaire-El-pintor-de-la-vida-moderna.pdf> (Consultado el 8 de julio de 2020)
3. CAMPBELL, Joseph. *The Hero with a Thousand of Faces*, Nueva York, MJF Books, 1949.
4. LIHN, Enrique. *La musiquilla de las pobres esferas*, Editorial Universitaria, Santiago, 1969.
5. LJUBETIĆ, Jerko (editor). *Croacia/Chile. Relaciones históricas y culturales* (edición bilingüe), Društvo hrvatskih književnika, Zagreb, 2000.
6. MIHOVILOVIC, Nicolás. *Desde lejos para siempre*, Editorial La Noria, Santiago, 1985.
7. MIHOVILOVIC, Nicolás. “Magallánico”. En ¿Quién es quién en las Letras Chilenas? Nicolás Mihovilovic, Agrupación Amigos del Libro, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, pp. 10-44.
8. SKÁRMETA, Antonio. *El entusiasmo*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1967.
9. WEIL, Simone. *Echar raíces*, Editorial Trotta, Madrid, 2014.